

Prólogo

Los rayos de las tormentas posibles

«LA FILOSOFÍA ES EL TIEMPO atrapado en el pensamiento», escribía Hegel. Seis años en el colegio de Hogwarts y uno más de clandestinidad en los bosques de Inglaterra, en compañía de Harry Potter, Hermione Granger y Ron Weasley, es un itinerario mínimo que la filosofía de hoy no debería evitar. No ha de haber miedo de abusar de la fórmula hegeliana y relacionar, como hacemos aquí, la filosofía con una obra de ficción que ha tenido millones de lectores en todo el mundo y más allá (dado que el nombre de Harry Potter se ha mencionado incluso en la isla de *Perdidos*).¹

La realidad en que vivimos es cada vez menos una unívoca, con límites claros, y cada vez más una red compleja y articulada en la que se entrelazan varios mundos. Entre ellos son importantísimos, y a su manera reales, los que nos muestran las obras de ficción (de la literatura al cine, pasando por las historietas y las series de televisión). De modo que no es posible conocer la realidad ni pensar en nuestro tiempo si se sigue creyendo –como algunos filósofos– que el mundo real es algo distinto, e independiente, de la red de mundos que nos presentan las obras de ficción.

En esta red de mundos, el mundo mágico de *Harry Potter* ocupa un lugar destacadísimo, y su fuerza es tal que parece destinado a

1. Pero de *Perdidos* me ocuparé en otro libro (*Perdidos. La filosofía*, traducción de M.^a Ángeles Cabré, Barcelona, Duomo, 2010).

resistir la prueba del tiempo, como ha pronosticado Stephen King: «Mi pronóstico es que resistirá la prueba del tiempo y acabará en los estantes donde se colocan los mejores. Pienso que Harry ocupará su sitio junto a Alicia, Puck, Frodo y Dorothy, y que esta serie no es asunto de una década, sino de toda una época».

Poco importa que Harold Bloom, en su columna del *Wall Street Journal*, declarara solemnemente, refiriéndose al primer volumen de la saga, que «35 millones de lectores se han equivocado». Las manidas jeremiadas sobre la crisis de la literatura, la decadencia de los tiempos y la comercialización del pensamiento, tan propias de Bloom, son completamente ajenas a la realidad desestructurada en que vivimos, donde tanto el pensamiento como la literatura gozan de una salud de hierro, como demuestran los libros de *Harry Potter*. «La crítica sentenciosa me da sueño –decía Foucault–; me gustaría que hubiera una crítica de destellos imaginativos. [...] Traería el rayo de las tormentas posibles».² Son los rayos de esas tormentas lo que la filosofía debería desencadenar, en una confrontación inédita con su tiempo.

Puede que la filosofía haya muerto, como se oye a menudo entre los muros universitarios de la vieja Europa. Pero, por suerte, su fantasma se pasea, más libre y vital que nunca, en la época de los nuevos medios masivos, y sin ese miedo disfrazado de esnobismo que antaño (y era ayer) paralizaba a los filósofos frente a la cultura de masas.

La cultura de masas, o cultura pop, con sus historias y sus mundos, es hoy un campo imprescindible para el ejercicio del antiguo y noble amor a la sabiduría. Un ejercicio que aquí se entiende como *reescritura* filosófica del texto pop y *montaje* del texto filosófico con el texto pop.

2. M. FOUCAULT, *Il filosofo mascherato*, p. 140.

Tal vez sea cierto, como afirma Sloterdijk, que «ya no hay una sabiduría (*sofía*) de la que estar enamorados (*filoi*)» y que «de lo que sabemos, no se nos ocurre enamorarnos».³ Pero sería más apropiado decir que esa sabiduría, en el fondo, no ha existido nunca. Y que, desde el principio, *filosofía* ha sido el nombre de un amor ávido de conocer lo que ni siquiera se sabía dónde buscar.

No es extraño, pues, que el fantasma de la filosofía, libre de los viejos encantamientos de la Escuela de Fráncfort, penetre hoy en el Colegio Hogwarts de Magia y en el mundo de *Harry Potter*, en virtud de la antigua y nunca olvidada amistad entre filosofía y magia, a la que tanto debe el nacimiento mismo de la ciencia (baste pensar en el Renacimiento italiano y en el inglés, tan bien descrito por Francis Yates en su libro *The occult Philosophy in Elizabethan age*).

«Considerado por filósofos y entre filósofos, mago significa “sabio con capacidad de obrar”», escribía el filósofo y mago Giordano Bruno, quemado en la hoguera por brujo, en Roma, en 1600. Algo parecido podría decirse del filósofo.

Mago y filósofo fue también el griego Empédocles, siglos antes de Bruno y de Pico della Mirandola, Marsilio Ficino y Enrique Cornelio Agripa, autor de *De occulta philosophia*. Y mago y filósofo, además de matemático, fue el inglés John Dee, en el que, según algunos críticos, se inspiró Rowling para crear el personaje de Albus Dumbledore, extraordinario mago y director de Hogwarts. El mismo Platón suele describir a Sócrates como un hechicero o un mago. Más cerca de nosotros, Martin Heidegger, uno de los filósofos más importantes del siglo xx, era conocido como «el mago de Meßkirch».

Coincidencia singular: el primer volumen de la saga, *Harry Potter y la piedra filosofal*, se publicó en Estados Unidos con el título *Harry Potter y la piedra del hechicero*.

3. P. SLOTERDIJK, *Critica della ragion cinica*, p. 22.

De modo que seis años en Hogwarts y uno de clandestinidad. Con Harry, Hermione y Ron. Porque no se trata de usar los libros de *Harry Potter* como un pretexto para hablar de filosofía o hacer un análisis de la lógica del mago. Al filósofo, como señalaba Frazer en *La rama dorada*, no le corresponde «indagar en el proceso mental que se oculta tras la práctica del mago», sino entrar en la novela-mundo creada por J. K. Rowling y recorrer sus caminos, sus pasillos y sus pasadizos secretos. Se trata de trabar una amistad filosófica con los personajes que viven en el mundo del texto o con los que nos son más afines, para abordar, con ellos y a través de ellos, asuntos filosóficos fundamentales, como el valor vinculado al acto ético, el amor a la justicia más allá de la ley, el poder (mágico) de hacer cosas con las palabras, los límites de la razón occidental o los peligros de la lógica fascista.

No se trata de hacer pedagogía menuda o filosofía mínima, sino unos experimentos y entrenamientos más parecidos a los que practicaba el ejército de Dumbledore en la Sala de los Menesteres que a las clases de Historia de la Magia o de la Filosofía. La filosofía *a través* de la literatura fantástica, una filosofía de experimentación y contaminación, más que de interpretación o reflexión, es tan importante hoy en día como la filosofía de la ciencia. En ambos casos se trata de la verdad de un mundo.

Porque hay más de una verdad. Y más de un mundo.

En el Occidente antimágico siempre habrá un muggle dispuesto a afirmar que una novela de magos, fantasmas, escobas voladoras y dragones no es educativa, que es perjudicial para la razón y para la formación de los jóvenes lectores, que si patatín que si patatán.

Pero ésa, en el fondo, no es más que una vieja historia, válida para espíritus tristes y resentidos que no saben cómo justificar su pereza intelectual. A mí, francamente, ese cuento me tiene sin cuidado.

Me apasiona, en cambio, la historia de *Harry Potter*. Mejor dicho, me apasionan las historias de *Harry Potter*, que desde el principio

atravesaron, como los fantasmas las paredes, las páginas de los libros para infiltrarse en la Red, aparecer en los blogs, pasar a la gran pantalla, y generar así una narración global abierta y de varias voces.

Las historias de *Harry Potter* no son fantasías huera, sino historias de nuestro tiempo. Su mundo es fantástico, repleto de lechuzas y búhos mensajeros, magos y brujas, fantasmas y criaturas mitológicas. Pero hay que empezar a pensar, y a decir, que la literatura fantástica, con sus mundos, no se opone a la presunta realidad verdadera, sino que es una de sus dimensiones.

El mundo de *Harry Potter* existe en la red de lo real. Que se lo pregunten a los 400 millones de lectores que han vivido en este mundo. ¿Qué significa, en el fondo, aprender a leer, sino aprender a existir en varios mundos? A propósito de los libros escritos por Rowling se ha hablado del peligro que supone la «fuga de la realidad», olvidando así lo más importante: orientarse en la realidad significa saber moverse en todas sus articulaciones, incluidas las de la literatura de ficción.

La serie de *Harry Potter* es verdadera y real porque abre un mundo. Es lo que nos enseñó Heidegger, el mago de Meßkirch: una creación artística es la puesta en obra de una verdad cuando es capaz de abrir un mundo, de poner en acto un mundo. De ahí, y no de los balbuceos de cierta crítica literaria, es de donde hay que partir para comprender el alcance de la novela-mundo creada por Rowling.

Harry Potter es, a todos los efectos, una obra de arte de la cultura pop de gran complejidad y belleza, y un recurso extraordinario y poderosísimo para el ejercicio de la filosofía.

Una filosofía para niñas y niños, brujas, magos y muggles. Y para todos los que saben escuchar las palabras de un gran poeta, René Char, quien escribía: «Desarrolla tu legítima rareza».

El juego de los mundos

Para mí, el hecho de entrar en mundos distintos, en lugares muy hermosos, es lo que debería ser la literatura. Puedes amar Hogwarts o puedes odiarlo, pero pienso que no puedes criticarlo por ser un mundo [...].

J. K. ROWLING

1. *Una insensatez peligrosa*

PRIVET DRIVE Y DIAGON ALLEY, Londres y Hogwarts, King's Cross Station y el andén nueve y tres cuartos: no existe un solo mundo. Es una de las primeras cosas, y de las más valiosas, que nos hacen experimentar los libros de *Harry Potter* en el espacio-tiempo de su relato, enfrentándonos así, de entrada, a una cuestión filosófica de primer orden: ¿se puede existir en más de un mundo?

El sentido común y las personas «muy normales» (I, 9) nos dicen que es una insensatez peligrosa poner en duda la idea de que existe un solo mundo, el mundo verdadero, real, donde vivimos a diario.

Pero es así, justamente, como empieza la historia de Harry Potter: quebrantando un régimen de existencia supuestamente normal; abriéndose a otro mundo. *En* el mundo. Porque el «mundo mágico» (I, 94) no se sitúa en un más allá trascendente ni en el espacio ilocalizable de una utopía. Es inmanente al mundo normal o «mundo muggle» (II, 286).

Es algo que fascina y a la vez inquieta.

No nos apresuremos a decir, para tranquilizar y tranquilizarnos, que en el fondo se trata de un puro juego de fantasía, mera literatura para niños. La verdad de la ficción novelesca no lo permite, ni tampoco la ética de la lectura.

El otro mundo que aparece aquí es completamente *actual*.

Es así como la saga fantástica de *Harry Potter* comparte otro rasgo esencial con la filosofía, además de corromper, como Sócrates

tes, a la juventud. Porque dudar de que el mundo en el que vivimos sea el único y el verdadero es una vieja costumbre de los filósofos. Una costumbre –es decir, un hábito ético y mental, un *habitus*– que se remonta a Platón, para quien el mundo que vemos (mundo sensible) es una simple apariencia, la copia desdibujada de un mundo más verdadero y real: el mundo de las ideas.

Vieja costumbre no significa, sin embargo, costumbre mala o anticuada.

Dudar de lo que parece evidente, verdadero, indudable, incontrovertible; tratar de pensar que las cosas, incluso el mundo entero, podrían ser distintas de como son y se nos muestran, y en definitiva de como nos las cuentan –dar rienda suelta a la fantasía, en cierto sentido–, es un modo de ejercitar la mente con pensamientos insólitos y peligrosos, y empezar así a filosofar. Con palabras de Michel Foucault: «La filosofía es el movimiento con el que nos apartamos –con esfuerzo, titubeos, sueños e ilusiones– de lo que se da por sentado, para buscar otras reglas del juego».⁴

Aunque *Harry Potter* no suscribe la tesis platónica de un mundo de las ideas oculto tras el mundo de las apariencias, empieza justamente poniendo en cuestión, de forma radical, la creencia de que existe *un solo* mundo, el presunto mundo normal, antimágico y racional, en el que vive orgullosamente, como triste expresión suya, la familia Dursley: «El señor y la señora Dursley, que vivían en el número 4 de Privet Drive, estaban orgullosos de decir que eran muy normales, afortunadamente» (I, 9).

Por lo tanto, ya desde el principio de la serie el alcance ético-político de las novelas de J. K. Rowling se revela con toda su fuerza y singularidad: no hay nada tan necesario como desconstruir la idea de la existencia de un solo mundo y aprender a existir en más de un mundo.

4. M. FOUCAULT, *Il filosofo mascherato*, p. 143.

No en vano la cuestión del mal, encarnada por el Señor Tenebroso, lord Voldemort, se presenta como el sueño, o mejor dicho, la pesadilla con claros rasgos nazis de un mundo único como totalidad purificada de cualquier otredad: un mundo de magos de *sangre limpia*.